

Proyecto vital o de la felicidad en el pensamiento de Julián Marías

ANA MARÍA ARAÚJO-CASTRO*

Introducción

El tema del proyecto vital, o de la felicidad, en Julián Marías es fundamental y transversal en su pensamiento filosófico; además aparece con fuerza en la *Introducción a la filosofía* (1981), tiene desarrollos sucesivos en *Ensayos de teoría* (1996), *El tema del hombre* (1973a), *La antropología metafísica* (1973b), y en sus libros dedicados a la mujer alcanza su punto culmen en 1987 con su libro *La felicidad humana*. Encontramos también la cuestión en obras posteriores como *La educación sentimental* (1992) y *Persona* (1996).

Por último, podemos toparnos con este tema de modo aplicado en otros escritos suyos. En el prólogo a la segunda edición de *La felicidad humana*, Marías (1995) hace referencia al hecho de que hay asuntos que por ser de índole vital son difíciles de pensar, de conceptualizar, porque en el pensamiento occidental existe la tentación de reducir los objetos de pensamientos a “cosa”, con lo cual pierden riqueza. Intenta entonces pensar la felicidad de otra forma, dentro de la vida persona:

Sin eludir las cuestiones espinosas, sin aplazamientos ni ocultamientos [...] pero como la felicidad es siempre asunto personal, no basta con un libro ni una doctrina: cada hombre, cada mujer tiene que pensar, tiene que preguntarse perentoriamente por lo que entiende por felicidad y lo que necesita para ser feliz. (Marías, 1995, p. II)

* Doctora en Filosofía por la Pontificia Studiorum Universitas; especialista en Orientadores Familiares por la Universidad de Navarra; especialista en Educación y Asesoría Familiar por la Universidad de La Sabana; estudios de Filosofía y Letras en la Universidad de Navarra; docente-investigadora de la Universidad de La Sabana.



Hoy en día se habla permanentemente de proyecto de vida y en la mayoría de los casos se presenta como un cronograma de actividades para conseguir metas profesionales y económicas. Considero importante presentar la concepción de proyecto vital del filósofo Julián Marías, ya que ofrece un modo integrado de vivir esa teleología ya percibida desde la antigua Grecia. Marías parte de una concepción de la persona instalada en una estructura empírica, en un presente, en una circunstancia determinada, y simultáneamente abierta, futuriza, con la misión de formular su proyecto personal e irlo desarrollando en el tiempo, en y con su circunstancia específica. El proyecto vital, por ser omniabarcante, tiene que ver con el marco de aspiraciones, de deseos y valores dentro del cual se mueve el ser humano y donde, por lo tanto, aspira a encontrar la felicidad.

Considera que la forma de hacer frente a esta situación es la búsqueda de la verdad, el entrar consigo mismo en ultimidades para poder responder a la pregunta *¿quién soy yo?*, y desde allí poder plantearse un proyecto vital auténtico, que dé respuesta a esa “vocación de ser yo”. Concluye el citado prólogo diciendo que con ese libro solo pretende ayudar a quien lo lea a plantearse esas preguntas.

Persona, instalación y estructura vectorial

Para introducir el tema, quisiera comenzar con una aclaración sobre lo que Marías entiende por *naturaleza humana*, si es que entiende algo por ella. Considera que desde el siglo XVIII se ha utilizado ese vocablo por influencia de la ciencia histórica, pero que no se puede utilizar en el mismo sentido en que se hace de la naturaleza en general: “Propiamente no existe, y si puede hablarse de ella, hay que decir ante todo que no se parece a las demás formas de naturaleza; en todo caso, sería una naturaleza ‘en expansión’, lo cual obliga a buscar conceptos nuevos” (Marías, 1995, p. 12). No habla de una identidad constitutiva de lo humano, sino de “estructuras que se llenan de contenido *biográficamente* (y por tanto históricamente)” (Marías, 1995, p.12). La vida humana no es *natural*, sino siempre “proyectiva, imaginada, inventada, argumental”:

No tiene sentido la contraposición de que hoy tanto se gusta, entre lo “natural y lo cultural”, o la descalificación de lo segundo como si no fuese “real”. La interpretación de la

propia vida es inevitable, condición inexorable de su posibilidad: no se puede vivir sin imaginación, anticipación del *quién* que se pretende ser. (p. 12)

Por ello, la persona es una realidad que siempre está “más allá”, “proyectiva, *futuriza*, que escapa el presente y lo trasciende” (Marías, 1996, p. 15). El hombre está en el mundo, pero no como una cosa, sino en una relación que lo constituye. La vida humana envuelve ontológicamente el ser del yo y del mundo que se integran en ella y constituyen su quehacer: “La vida no está hecha; al contrario, tenemos que hacerla, y ella es lo que yo hago, el hacer mismo” (Marías, 1973, p. 11). En este sentido, se diferencia de naturaleza como un modo de ser que lleva ínsito el modo como ha de desarrollarse, bien sea mediante tropismos o instintos. La vida humana tiene carácter inacabado, creativo, plural y es cada persona quien lo ha de ir llenando de significado y plenitud, desde sí misma y en relación con los demás y con lo demás.

Es particularmente importante acudir al concepto de “estructura empírica”, que se refiere al modo específico como está el hombre alojado en una realidad material con un cuerpo, una sensibilidad, una morfología, una temporalidad que hace distinta la circunstancialidad propia del hombre. En comparación con otros seres, tiene una estructura que le permite estar en el mundo de una forma específica y desde ella relacionarse: “La estructura empírica en la forma concreta de nuestra circunstancialidad. No sólo está el hombre en el mundo; no sólo es una realidad corpórea, sino que tiene una estructura corporal y no otra” (Marías, 1996, p. 50). La vida humana, que es biográfica, personal, la de cada uno y en la que cada quien es su protagonista y hacedor, se encuentra dentro de esa estructura desde la cual conocerá y vivirá.

El hombre está pues arraigado, instalado en unos modos de ser; podríamos citar a manera de ejemplo algunas *formas de instalación* que nos son tan cercanas que podríamos creer que se identifican con la condición humana: el cuerpo, la sensibilidad, la capacidad de sentir placer o dolor, la gravedad, la espaciosidad, la tridimensionalidad, la condición sexuada, la raza, la clase social, el tiempo, la edad, la lengua, la cultura, etc. (Araújo, 1992, pp. 70 y ss.)¹. Está instalado en ellas, y desde ellas y con ellas ha de realizar su propia vida. Es un modo peculiar de ser y de estar.

1 Cfr. Araújo, A. M. (1992). *El pensamiento antropológico de Julián Marías*. Bogotá: Universidad de La Sabana, págs. 70 y ss.



Estas formas de instalación, aunque están dadas, no tienen un carácter estático; por el contrario, es desde allí como la persona sale de sí, se proyecta; para el filósofo vallesoletano tiene una singular importancia el futuro, tanto que considera que una de las particularidades humanas es su carácter *futurizo*, proyectivo, la presencia del futuro como posibilidad, como la dirección es clave para entender el *estar viviendo* propio de la vida humana. Por ello, introduce el concepto de estructura vectorial, se parte del presente, del aquí y el ahora, pero hacia un futuro, de algún modo previsto. Ya en la *Antropología metafísica*, Marías (1973) dirá:

La vida se hace hacia adelante; el hecho de que acontece, su temporalidad, le marca esa dirección y ese avance en que la futurición consiste. Pero no se la puede identificar con la mera fluencia temporal, y tampoco es simplemente un ‘proceso’; el transcurso del tiempo me lleva ciertamente hacia adelante, pero en cada instante *estoy*, lo cual no quiere decir que esté quieto, sino que, sin pararme, estoy *instalado*. Precisamente la anticipación del futuro en *el presente*, la retención en él del pasado, son las condiciones que me permiten *estar*. Ni soy sólo presente, ni sólo futuro: soy futurizo, y esa ‘presencia’ del futuro y del pasado hace que esté instalado en el tiempo, y no simplemente lo ‘cruce’. La instalación es la que propiamente hace que pueda *proyectarme* y no, simplemente esté ‘lanzado’. (p. 102)

No estar lanzado al vacío sino salir de sí vectorialmente, con una dirección e intensidad pero conservando y potenciando el punto de partida, así nos vamos haciendo en el presente, con una acumulación de lo que hemos sido y nos ha pasado, y con ello, nos dirigimos al futuro, que llena de sentido el hoy. Desde el presente se generan dirección y *telos*; de no ser así, el futuro tendría un carácter absolutamente azaroso que de alguna manera impediría que el hoy se llene de sentido como una plataforma desde la que me dirijo hacia ese fin.

Proyecto vital: felicidad

La condición de “futuriza” implica que el tiempo humano, en el cual la persona ha de desarrollar su vida, está orientado hacia el futuro. De alguna manera el hoy y el ahora se llenan de sentido por lo que voy a hacer o, mejor aún, por *quién quiero llegar a ser*. Esto introduce un elemento de *irrealidad*, de *inseguridad* y *contingencia*. Ser persona “consiste en acontecer” (Marías, 1996, p. 17), ser ahora y disponerse

a ser en el futuro. Pero no solo se dispone a ser en el futuro, sino hacia los demás; la persona es simultáneamente intimidad y trascendencia. Ese salir de sí tiene “*grados*, diferencias de plenitud o intensidad, riesgos que afectan a su misma realidad” (p. 18), se realiza de diversos modos; uno puede tener claros sus motivos y aspiraciones, o no. Puede enfrentar el futuro saliendo de sí argumentalmente, con sentido, o gastar la vida en vectores cortoplacistas que no conduzcan a una plenificación futura, sino que se agoten en placeres momentáneos, o en mil actividades preciosamente organizadas en una agenda repleta, que finalmente no se acaba de saber a qué conducen.

Nuestro mundo ha caído en la vorágine de la actividad, de la producción y las diversiones y con frecuencia vemos que estas no conducen a una “felicidad sostenible”², sino a una nueva actividad, a más producción, a más placer, muchas veces su único sentido es que la sociedad ha dictaminado que es lo que “toca” hacer, sentir, tener. El hombre y la mujer de hoy están siendo juzgados por unos *estereotipos* más o menos formulados por una sociedad que, al sobrevalorar algunos aspectos de la vida humana, presentan como feliz al exitoso, al bello y sensual, al que ha logrado unas metas medibles en dinero, producción y diversión, mientras ignoran otras posibilidades humanas como la paz interior, las relaciones personales profundas, la capacidad de amar, el sentido trascendente de la vida ante las realidades cotidianas y las terminales como el dolor y la muerte, etc. Esto, por lo pronto, nos presenta la cuestión de que existen diversos modos de hacer frente a la vida, que por ser abierta “permite que tenga *grados*, Diferencias de plenitud o intensidad, riesgos que afectan su misma realidad, no sólo a su existencia o sus propiedades” (p. 18).

Desde la Antigüedad los seres humanos indagaron por el motor de las acciones humanas. Ya Aristóteles, con su gran lucidez, comienza el Libro I de la *Ética a Nicómaco* averiguando la razón por la cual todos los hombres se mueven, qué buscan todas las acciones y las elecciones humanas. Al analizarlas ve que esas acciones y elecciones son de diversa índole según los fines que se proponen; así habrá

.....
2 La expresión es mía.



que señalar, por ejemplo, que la medicina busca la salud; la construcción naval, el barco; la estrategia, la victoria; pero para lograrlos, también existen unas acciones y elecciones subordinadas a otras mayores y esta cadena causal se podría continuar hasta el infinito.

El estagirita se propone buscar si existe “algún fin de nuestros actos que queramos por él mismo y los demás por él, y no elegimos todo por otra cosa —pues así se seguiría hasta el infinito, de suerte que el deseo sería vacío y vano—, es evidente que ese fin será lo bueno y lo mejor” (Aristóteles, 1985, §1094 a, 21 y ss.). En este texto señala con claridad la existencia de unos bienes que son mayores que otros y que los menores son queridos y elegidos en vista a algo mejor. Se pregunta entonces si habrá algún bien supremo al cual se dirijan todas las elecciones, y concluye que “casi todo el mundo está de acuerdo en cuanto a su nombre, pues tanto la multitud como los refinados dicen que es la felicidad y admiten que vivir y obrar bien es lo mismo que ser feliz” (Aristóteles, 1985, § 1095 a, 18 y ss.).

Nótese que se afirman dos cosas: a) que lo que buscan todos los hombres, tanto la multitud como los refinados es la felicidad, por tanto, se presenta como el fin al cual todas las acciones humanas tienden; b) que admiten que vivir y obrar bien es lo mismo que ser feliz. Si esto queda tan claro, ¿dónde radicaría el problema? ¿Por qué valdría la pena siquiera indagar por ello? Probablemente porque los contenidos de *vivir bien* y *de obrar bien* admiten grados, diversidad de contenidos y de búsquedas.

Marías (1981) en su *Introducción a la filosofía* planteaba el marco de aspiraciones dentro de las cuales el hombre de nuestra época se mueve en búsqueda de felicidad y señalaba seis:

- a) Apetencia de placer, que es desde luego universal y ya señalada por Aristóteles, pero que en nuestro tiempo se presenta “particularmente intensa y extensa; quiero decir que el hombre actual en su conjunto, y no solo los “privilegiados”, pretenden obtener placeres efectivos y frecuentes” (Marías, 1981, p. 81). Lo particular del momento consiste en la búsqueda cotidiana y permanente de placer; y cuando no se obtiene, la sensación es de frustración, de déficit.

b) La forma en que se desea la riqueza. En general, nadie se contenta con lo que tiene, sino que está jalonado por una permanente necesidad de tener más; cada uno se siente llamado a ser rico, y al no tener lo que cree debe, aparece la frustración. “La actitud del hombre ante la riqueza tiene una doble faz: caben ante ella dos sentimientos bien distintos, el de la *propiedad* y el del *goce*” (Marías, 1981, p. 81). Considera nuestro filósofo que este sentido frutivo predomina actualmente.

c) Ya en 1947 también avizoró el disfrute y el poder que la técnica ejercía en su generación y que se ha ido multiplicando exponencialmente. Este rasgo es el de “la *acción* sobre las cosas, concretamente sobre la naturaleza”:

Esta acción *ad extra* tiene su forma plenaria en la técnica, [...] el hecho de que el manejo técnico de las cosas es una de las más vivas y profundas apetencias del hombre de nuestro tiempo; por esto hay una técnica espléndida. (p. 81)

d) En cuarto lugar, y en consonancia con el punto anterior, señala el afán de poder sobre los demás seres humanos “de *dominación*”: “Es este uno de los rasgos más característicos de este tiempo, y hasta cierto punto paradójico. Porque normalmente el afán de poder ha sido sólo sentido por algunas individualidades enérgicas y definidas por una vocación concreta” (p. 81).

e) Señala Marías (1981) que en la actualidad se presenta una crisis de seguridad en el hombre, ya que se enfrenta a un mundo en el que las tradiciones han sido fuertemente cuestionadas, podríamos decir que algunas han sido derribadas iconoclasticamente, y las nuevas propuestas o modelos son siempre relativas, válidas por un tiempo o una moda, simples, no dan respuesta a las cuestiones profundas que orientan la vida, pero el hombre necesita saber a qué atenerse. De ahí, la primacía que nuestros contemporáneos atribuyen a la *decisión* sobre lo *decidido* en ella. Como respecto a casi todas las cuestiones no se sabe a qué atenerse y no se tiene ninguna convicción segura, se afirman alternativamente unas y otras, con tanta mayor energía cuanto menor es la seguridad. De esto procede el deseo de lo desmesurado. Es el artificio de que se vale el hombre para fingirse una creencia que no tiene, cuando le falta el ánimo necesario



para aceptar la inseguridad y hacer hincapié en ella. Por eso es tan frecuente el afán de simplificar las cosas, y la repulsión a todo intento de tomarlas en su complejidad concreta que siempre fuerza a hacer distinguos. La realidad se convierte en esquema, con frecuencia en mero rótulo, y se la maneja en hueco; por eso resulta intercambiable (p. 84); atribuye a esto la agresividad notoria que impera en nuestro mundo, donde cada quien ha de vivir según una decisión, temporal, que no le orienta con profundidad la vida y que suele chocar con decisiones de otros y con la misma realidad.

- f) Finalmente, señala que se ha hecho un gran esfuerzo por ignorar el horizonte escatológico, por vivir más centrados en el hoy y en la acción, pero ese horizonte aparece en la vida humana inexorablemente. “El hombre topa, quiera o no con las ultimidades, por el hecho radical de que tiene que morir, [...] la presencia de la muerte en ineluctable; es el poro por el cual se filtra lo escatológico aún en el hombre que pone más empeño en eludirlo” (p. 85). Algunas veces será la muerte un ser amado, cercano, otras la inminencia de la propia, ante ella, todas las búsquedas de felicidad anteriores se presentarán insuficientes: “Este es el momento en que la vida, incapaz de dar razón de sí misma, aparece proyectada hacia la muerte simplemente porque esta es su ineludible final” (p. 85); un proyecto vital auténtico no podría dejar de lado este hecho radical.

En la búsqueda de la comprensión de la felicidad aparecen los bienes temporales. Como son los únicos de los cuales tenemos una experiencia empírica directa, y la única forma de vida de la cual tenemos un conocimiento inmediato es la terrena, resulta fácil considerar que es la única posible e intentar encontrar la felicidad en lo inmediato, y considerar, por tanto, lo empírico como fin y no medio. Por otro lado, “como todo en la vida humana es *inseguro*, el dramatismo de la teoría excluye la anticipación de a dónde nos va a llevar, cuál va a ser el derrotero efectivo de su realización. La realidad es emergente y su investigación ha de serlo también” (p. 10). Esto incluye que el proyecto vital va cambiando, “se va desplazando ante nuestros ojos, en diversas trayectorias, de manera que el proyecto no está nunca ‘dado’” (p. 10), en el sentido de totalmente patente.



Una dificultad con la que el investigador se encuentra para abordar el tema de la felicidad es que tanto a ella como a otras realidades humanas —como al amor, o entidades como una línea aérea— les pertenece un tipo de realidad diversa a la de las cosas, la naturaleza, y que no puede ser comprendida desde las estadísticas o los experimentos. Señala Marías (1995) que un camino para comprenderla consiste en buscar sus sinónimos y sus contrarios; así nos encontramos con: dicha, suerte, fortuna, beatitud, ventura, bienaventuranza y otras, que de algún modo ilustran algún aspecto, y podemos constatar que sus contrarios siempre tienen a los primeros como realidad de la que parten para negarla así: infelicidad, desgracia, desventura, infortunio:

Adviértase que estas palabras suelen ser privativas, es decir, construidas sobre la palabra positiva: des-gracia, des-ventura, in-felicidad, in-fortunio. Esto quiere decir que lo malo es derivado de lo bueno; se parte de la felicidad, y después esta felicidad puede faltar, puede ser destruida, y entonces sobreviene la desgracia, el infortunio, la mala suerte. (p. 15).

También es interesante constatar que al referirnos a la felicidad, no lo hacemos con un verbo que señale esa acción, sino con los verbos *ser* o *estar*. Marías en diversas ocasiones señala la importancia del verbo *estar* como un modo estable de vivir —de residir en sí mismo— desde el cual el ser humano puede salir vectorialmente. Por tanto, uno puede ser feliz —o lo contrario—, o estar siendo feliz —o infeliz—.

Lo claro es que la felicidad tiene que ver con muchas cosas, mientras que la infelicidad se refiere a sus opuestos. Y como viera Aristóteles, Marías (1995) afirma:

Las cosas que buscamos, que queremos, que nos interesan, por las cuales nos afanamos, todas tienen como un transfondo que es esa elusiva, esa improbable felicidad [...] nos interesan en la medida en que van a contribuir a la felicidad, o la van a hacer más probable, o van a restablecerla si se ha perdido. (p. 17)

La tematización de la felicidad se ha hecho desde lo momentáneo, “solo existen momentos de felicidad”, no existe de manera permanente, o al modo griego: solo podemos saber si una persona ha sido feliz al final, cuando podemos ver la totalidad de esa vida y comprobar si ha sido dichosa, o, como ha sucedido en algunas comprensiones cristianas, en que la felicidad es la beatitud final y no se comprende como posible en esta vida. Marías (1995) señala que todas estas formas de acercarse a la



felicidad son complejas y conllevan deficiencias. Si fuera algo momentáneo, no podría realmente constituir una condición o la posibilidad de serlo o estarlo, si solo se sabe en el momento de la muerte, siempre está el temor de no serlo, lo cual me parece que ya genera una zozobra e inquietud.

Si la felicidad es la bienaventuranza eterna, ocurre que puedo llevar una vida disoluta y ganarla por medio de la contrición perfecta en el último instante, o por el contrario, llevar una vida de amor y virtud y perderla en el último instante:

Esta concepción tiene dos riesgos, lleva consigo dos tentaciones. [...] En primer lugar, *olvidar la felicidad en esta vida*, [...] que lo principal sea la salvación puede aceptarse; que la felicidad en esta vida no tenga importancia es algo absolutamente diferente. El segundo peligro, de índole opuesta, es *no imaginar la felicidad ultraterrena*. La esperanza de ella se reduce a algo muy abstracto y sobre todo inconexo con la vida anterior. (p. 19)

Marías siempre dio gran importancia a la imaginación como capacidad de ver, de anticipar. De hecho, tiene un libro titulado *Breve tratado sobre la ilusión*, en el que afirma que sería para el hombre muy difícil desear una felicidad de la cual no tiene noción, que no puede imaginar, y por tanto, apetecer como algo buena en el futuro. La felicidad tampoco puede consistir en un conjunto de condiciones:

La felicidad tiene que ser mía. La vida humana es siempre mi “vida”, la de cada cual. Felicidad en abstracto no tiene sentido; no puede ser un esquema, un modelo aplicable a cualquier caso. Felicidad es mi felicidad, no sólo en el sentido en que tiene que tener un carácter individual, particular, diferenciado, sino sobre todo en que tiene que tener conexión con el quién proyectivo que es cada uno de nosotros. (Marías, 1995, p. 20)

El hombre para moverse necesita motivos, hace las cosas por y para algo, y ese algo es el proyecto, eso que se pretende, que anticipa porque está en el futuro y que constituye el motor para lograrlo. La vida es anticipación de sí misma, o como diría Ortega y Gasset, futurición. Señala Marías:

el proyecto vital se encuentra identificado con la propia vocación, ‘la vocación de ser yo’ consiste en programar, imaginar, anticipar el futuro, y allí es donde surge la ilusión, término que en español tiene un significado concreto, es ‘anticipación gozosa de lo que será’ (Araújo, 1992, p. 183).

Explica el filósofo que, en sentido estricto, al ser humano no lo ilusiona “cualquier cosa”, sino más bien lo que no es “cosa”. “Nos ilusionan, sobre todo y propiamente, las personas; en segundo lugar, lo que sin ser personas tiene un carácter personal; finalmente, algunas cosas cuando se incorporan a mi proyecto personal, cuando no funcionan meramente por lo que son, sino por la significación que adquieren dentro de mi vida” (Marías, 1985, pp. 42-43). La pretensión de ser felices, de cumplir con esa ilusión tras la cual se encamina la vida humana, da a la vida un sentido unitario, uno actúa con vistas a poseerla. Si no existiera la convicción de que se tiende con ello a la felicidad, uno no se movería; por eso la pre-tensión hacia la felicidad tiene el carácter de permanente, de que aun siendo felices se puede seguir siéndolo.

La distintas épocas han tenido sus teorías sobre cómo encontrar la felicidad: la ausencia del dolor, la ausencia de problemas, el placer: comer, beber, actividad sexual, o el tener todo lo que quiero y apetezco, pero ninguna de esas visiones parciales es capaz de dar al hombre la felicidad que cobije todo su ser:

El hombre es el ser que necesita ser feliz y no puede serlo. La pretensión de felicidad es irrenunciable, porque coincide con lo que constituye nuestra vida, [...] tiene un coeficiente de logro o fracaso que varía en cada momento. El hombre se siente sucesivamente a cierto ‘nivel’ de realización de su pretensión, a cierta altura de felicidad. (Marías, 1973, pp. 251-252)

No existe un modo absoluto de poseerla para siempre ni de medirla, se va siendo feliz en la medida en que va alcanzando lo que pretende alcanzar; en cuanto va llegando y se va convirtiendo en una instalación, se va estando feliz. Ahora bien, el hombre tiene múltiples facetas y dimensiones, y la felicidad afecta a la totalidad de su ser, porque la vida tiene un carácter plural y reclama la unidad. Esto es así porque “felicidad es aquello a lo que se dice ‘sí’, aquello con lo cual coincidimos, que sentimos como nuestra inexorable realidad, sin la cual no somos nosotros. Pero su actualidad requiere la *respuesta* positiva de eso que sentimos como nuestra más propia vocación” (Marías, 1973, p. 254). La felicidad da a la vida humana su carácter unitario.

Hemos de tener siempre presente que en el pensamiento de Marías lo más importante es la vida personal, la de cada uno; por ello, la felicidad también tiene este



carácter: es la mía, la tuya, y no una abstracción; por eso es irreductible y estrictamente personal, como se ha dicho anteriormente. No se la puede comparar con la plenitud o desarrollo del animal, al cual le basta tener unas condiciones de vida favorables para estar contento:

El hombre no: casi siempre está descontento, [...] entiende por feliz cosas distintas. [...] Sentirse feliz o no depende de la época, del país, del tipo humano, de cada caso individual y de cada una de las fases de la vida. El tema de la felicidad presenta muy serias dificultades intrínsecas. (Marías, 1995, p. 23)

Y no es equiparable a una vida “natural” porque en el hombre no basta; se podría decir que “entendemos que una vida es feliz cuando podemos decir de ella lo mejor que se puede decir, que se puede esperar” (p. 24). Nótese que Marías utiliza dos características: lo mejor por un lado y lo mejor en cuanto que dicho y esperado. Al hombre y a la mujer no los hace felices cualquier cosa, sino lo mejor, obtener lo mejor que puedo esperar. La felicidad tiene que ver con el goce y la posesión de lo mejor, no de cualquier cosa, y lo mejor será de alguna manera él mismo, su propio ser, su propia plenitud. Siempre estamos cortos en lo que podemos llegar a ser, menesterosos; por eso, el hombre es el ser que tiene que ser feliz y no lo logra del todo, de ahí que con frecuencia aparezca esa sensación de poder ser más y mejor.

Felicidad, un imposible necesario

Entre las características de la felicidad humana que señala el filósofo español podemos encontrar:

1. *Irrevocabilidad.* La vida humana es temporal y sucesiva, esto nos lleva a tratar de acertar en lo que hacemos y elegimos; si no fuera temporal, no importaría errar una y otra vez, de ahí que para el hombre sea importante acertar. Señala Marías (1995) respecto a la irrevocabilidad de la vida:

El hombre se juega la vida a trozos: cuando ejecuta una acción, cuando dedica su tiempo a algo. [...] Pero [...] la vida es sistemática y, por consiguiente, cada porción gravita sobre todas las demás, las condiciona y está condicionada por ellas, de suerte que cuando nos jugamos un fragmento de la vida, en cierta medida nos la estamos jugando entera. (p. 27)

2. *Necesidad e insuficiencia*. Al ser humano ninguna cosa le basta, o satisface y, sin embargo, le cuesta prescindir de ellas. La vida tiene que ver con elegir, preferir y simultáneamente excluir. Tomando la idea orteguiana de *trayectorias*, Marías (1995) señala que en la vida humana existe una “pluralidad de trayectorias, realizadas, iniciadas, abandonadas, frustradas, tal vez recuperadas” (p. 29) y todas ellas son parte de la propia vida:

Ésta es la razón fundamental de que la felicidad sea imposible en este mundo, aun suponiendo que siempre acierte, y que además pueda realizar eso que he elegido y preferido: tengo que renunciar a otras muchas cosas, a otras trayectorias que también son *mías*, que deberían ser realizadas, y por consiguiente no soy plenamente feliz, aunque haya conseguido acertar y realizar *lo mejor*, porque lo que no es lo mejor también me parece y lo echo de menos, me duele su ausencia. (p. 29)

Por eso llamaré, ya desde la *Antropología metafísica*, a la felicidad como *imposible necesario*. Esta es la gran paradoja de la vida humana: aunque seamos felices, no lo somos plenamente y podemos dejar de serlo mientras vivamos.

3. *Pretensión y realización*. La felicidad resulta de una ecuación entre lo que pretendemos ser y lo que vamos logrando. Como el ser humano es futurizo, lo que se quiere está más allá. En el futuro y en el presente solo puede tender hacia lo deseado, y ver a que altura está de conseguirlo. En la medida en que lo va logrando, se va instalado en ello, por eso va siendo feliz, pero sabe que no del todo. Por eso, la felicidad es distinta del placer: yo “me siento feliz” o “me encuentro feliz”, estoy de modo estable, al punto de que pueda ser feliz aún en medio del sufrimiento, y a la inversa, uno pueda ser infeliz en medio del bienestar (Marías, 1995, p. 29). “La felicidad es aquello a lo que se dice sí, aquello que sentimos como nuestra inexorable realidad” (p. 29); por ello, lo fundamental es saber quiénes somos, quiénes queremos ser y qué necesitamos para ser felices.

Es importante que las sociedades posean algunas condiciones para que la vida se pueda desarrollar sin demasiados sobresaltos, y que exista la posibilidad de cumplir las expectativas personales y no que esté diluida la persona en lo social, al punto que le impida el desarrollo y la imaginación de



sus propios proyectos, como ocurre y ha ocurrido en regímenes de corte totalitario. Pero tampoco se debe confundir con algunos sucedáneos de felicidad con los que nos topamos hoy, como el utilitarismo que pretende cuantificarla. Locke acudía, dice Marías, a una fórmula que combinaba la ausencia de dolor y la presencia de placer. Otro sustituto sería el de reducirla a bienestar, como opuesta a malestar. Aquí se reduce a un estado de ánimo en el que la acción y la proyección no comparecen, es una noción estática.

4. *Cotidianidad*. La vida se despliega primariamente en la cotidianidad. Marías (1997) alerta sobre el peligro de no comprender el significado profundo que tiene: “Se suele confundir vida cotidiana con la superficialidad de la vida; yo creo que una cotidianidad profunda es la fórmula más probable de felicidad” (p. 47). Considero que al poner el acento en lo usual, en lo habitual, el filósofo español rompe una lanza en favor de la vida ordinaria, donde transcurre la existencia personal. Si allí no se encuentra el sentido y con él la felicidad, esta se reduce a momentos especiales, a fines de semanas glamorosos, a grandes viajes, compras más o menos fastuosas o fiestas, que acaban por ocultar con su fuerza la importancia de lo que no es extraordinario. Uno de los grandes retos del hombre y de la mujer de hoy consiste en reotorgar a la vida diaria, tantas veces monótona, su profundidad y brillo, a través de vidas auténticas que se plenifican día tras día. Me gusta utilizar la expresión *felicidad sostenible*, a la manera en que se habla de economía sostenible. Una felicidad esporádica, extraordinaria, como las primeras horas después de una blanca granizada cuando todo está esplendoroso, pero que no resiste lo que hay entre una emoción extraordinaria y otra, que no resiste la monotonía de los días corrientes, de los trabajos reiterativos (que son la mayoría), de los días grises, que impide la continuación de la vida ante el dolor o el duelo, etc., no merece el nombre de *felicidad*. Será placer, disfrute, suerte..., que son preciosos adornos de la felicidad, pero no logran el nivel de instalación, de un cierto contento con la propia vida, de una paz interior, de unas relaciones estables. Es decisivo saber “qué se le pide a la vida” (p. 48), cuál es la expectativa cotidiana, para vivir con sentido y no en la improvisación.



El carácter humano es social, convivencial, biográfico, histórico, futurizo; por tanto, se desarrolla y se imagina a sí mismo dentro de un momento histórico y cultural, puede asumirlo de diversas maneras, o modificarlo, salir de lo recibido y buscar diversas posibilidades para desarrollar la vida; es capaz incluso de inventar modos hasta ese momento no del todo instituidos. Ser hombre en gran medida consiste en intentar ser lo que no es, hacer y descubrir lo aún no inventado, acumular y transmitir conocimientos y modos de vida a partir de los cuales asume o sigue innovando de modo personal, cultural, biográfico.

Como hemos señalado, “la felicidad, al ser asunto estrictamente personal, al ser incluso ‘ontológicamente’, la plenitud de la persona, encuentra su fuente principal en las otras personas” (Marías, 1995, p. 281). El yo supone un tú, la personalidad se constituye en la convivencia, el ser humano no es viable sin los demás, esto es patente desde su concepción hasta su imposibilidad de crecer y criarse humanamente sin los demás;

En suma, persona quiere decir *personas* si no hubiera más que singular no tendría sentido. [...] Toda actitud solipsista, que pretenda construir la realidad personal aislada y única, es en el fondo ininteligible. Todos los atributos de la personalidad reclaman la presencia de otras personas. (p. 282)

Cuando alguien nos quiere, nuestra vida se dilata, se abre literalmente a la posibilidad de ser feliz. Con una reserva importante: la adecuación de la forma del amor. El amor es múltiple, tiene mil formas y vectores, y es fundamental que el amor sea adecuado porque si no suscita hastío, incluso aversión. (pp. 293-294)

En Marías es central el tema del amor; afirma que el amar “permite la realización de la auténtica *vocación* personal: al elegirla nos elegimos en nuestra mismidad” (p. 294). Lógicamente existen diversos tipos de amor: la amistad, la filiación humana y la divina, la fraternidad, el amor conyugal... y en todos ellos la persona se manifiesta y es aceptada como tal. La terrible desilusión que sobreviene al haber sido engañado, utilizado, traicionado es tan fuerte porque toca el núcleo íntimo personal.

Temporalidad

Al proyecto vital, por ser temporal, le acontece que en las diversas fases de la vida se va encontrando con realidades, circunstancias y posibilidades antes no previstas.



Una vida auténtica es capaz de evaluarlas y abrirse a nuevas trayectorias que a su vez se ramificarán en caminos por recorrer. Tendrá entonces que elegir, y tener unos criterios para saber cuáles dejará y por cuales optará, sin dejar de lado esa realidad última: hemos de morir y, por tanto, una vida auténticamente vivida no puede eludir ese horizonte de finitud, so pena de simplificar y mutilar la totalidad de la existencia. Ahora bien, como la única forma en que nos es directamente accesible es la vida humana, es esta, la terrena, Marías (1995) invita a que se haga un ejercicio de imaginación de la vida después de la muerte. Entre otras cosas, teniendo en cuenta que no es eterna, es perdurable; por tanto, debe “durar”, permanecer, mantener, algo o —mucho— de la forma vital presente. Considera que sin imaginarla, preverla, anticiparla es muy difícil que la podamos desear, el ejercicio se debe hacer teniendo en cuenta que será una vida humana, la nuestra, con nuestro cuerpo. “En el centro mismo de la esperanza cristiana de la inmortalidad está la resurrección de la carne. [...] Cristo resucita en su carne, con su cuerpo, sus heridas que se pueden tocar, su voz, sus gestos, su manera de partir el pan” (p. 361). Probablemente con nuestra edad, y desde luego con los logros y relaciones de esta vida.

Tampoco sería lógico que “allí” se perdiera el proyecto personal, aquel transitar por años queriendo ser alguien que he previsto y por lo que me esforzado. La vida perdurable deberá ser el culmen de lo soñado y trabajado, siempre y cuando el hombre haya sido capaz de “vivir desde uno mismo, entrando consigo mismo en últimas cuentas, es decir, desde la verdad” (Marías, 1979, pp. 93-94). Solo desde ella encontrará el camino auténtico que le sitúe frente a quién es y a quién quiere llegar a ser, para cumplir con su vocación personal, camino para la felicidad, un proyecto de vida dentro del cual se alojan todas las demás trayectorias:

La felicidad en este mundo —y creo que también en el otro— ha de ser dramática y argumental; no un “estado”, sino una instalación desde la cual se proyecta vectorialmente. Por ello... la felicidad *acontece*: ni “se está” en ella, ni en rigor se “es” feliz, sino que se *está siendo* feliz, especialmente cuando se va a serlo. (Marías, 1973, p. 255)

Y este ir a serlo desde luego está garantizado si se ha llegado a la bienaventuranza del cielo. Marías (1973) propone como faro que guíe las elecciones que lleven a su realización el saber elegir aquellas cosas “frente a las cuales la muerte no es una objeción” (pp. 278).

A manera de conclusión

Podríamos decir que los hombres y mujeres tenemos la gozosa tarea de construir la propia vida, de encontrar nuestra vocación personal, que es propiamente el proyecto vital. Este necesariamente tendrá que ser suficientemente amplio para que en él se alojen todos los demás proyectos, que serán como hitos del primero, trayectorias por recorrer desde la mismidad del propio ser. Proyecto que dará respuesta de modo profundo a la pregunta “quién quiero ser”, para desde allí, desde el arcano personal y entendiendo que las circunstancias con las que nos hemos de topar y en las que nos encontraremos son de diversa índole, recorrer el camino que nos lleve a una felicidad compatible con la vida misma, sus edades, sus alegrías, dolores y afanes cotidianos. La vida se nos ha dado, pero no es hecha; vivir es un quehacer que ha de ser imaginado, anticipado, proyectado, en busca de la felicidad, que está en el presente a modo de instalación y en el futuro como vector, sin renunciar a nada de lo que somos; por eso ha de cobijar especialmente las relaciones personales, los otros “quiénes”, bienes mayores que todos los “qué” que encontremos en el mundo.

Referencias

- Araújo, A. (1992). *El pensamiento antropológico de Julián Marías*. Bogotá: Universidad de La Sabana.
- Aristóteles (1985). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Marías, J. (1973a). *Antropología metafísica*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1973b). *El tema del hombre*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Marías, J. (1979). *Problemas del cristianismo*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Marías, J. (1981). *Introducción a la filosofía*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1985). *Breve tratado de la ilusión*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1992). *La educación sentimental*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1995). *La felicidad humana*. Madrid: Alianza.
- Marías, J. (1996a). *Ensayos de teoría*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1996b). *Persona*. Madrid: Alianza.